

X

DE TIROS LARGOS

Así se presentaron en Pelechés al rayar las doce y media, el boticario don Adrián Pérez y su hijo Leto; el primero radiante de gozo, y el segundo no tan acoquinado como era de temerse por lo que de él se sabe. El motivo de esta novedad consistía, siguiendo la imagen del bañista perezoso, apuntada por don Alejandro en la



botica, en que Leto, antes de la gran zambullida en el caserón de los Bermúdez, había ido preparando el equilibrio de las dos temperaturas con un par de fregoteos bastante regulares. El uno se le dió en el Casino; el otro, al salir de misa mayor al día siguiente, que era de fiesta, es decir, el día mismo del convite. En el Casino tuvo que picar algo en la conversación general, aludido de intento por Bermúdez; y más aún que en la conversación, en la golosina que irradiaban en aquel antro desabrido, los ojos y la silueta de la hechicera sevillana; porque Leto, al fin y al cabo, era mozo de buen gusto, y mujeres de aquel arte que le miraran á él con el interés bondadoso con que le miraba Nieves á menudo, no habían pasado ni pasarían jamás por Villavieja.

Esto por de pronto. Además, al deshacerse la tertulia y ya despidiéndose de él, le había dicho don Alejandro con gran encarecimiento, mientras le apretaba una mano con las dos suyas:

— Mañana, después que *comamos* en Peleches, iremos á ver el yacht; pero de cerca

y como debe ser visto. Conste que está usted notificado.

— «¡Después que *comamos*... á ver el yacht!» — repetía el mozo en sus adentros, enredado en las confusiones más extrañas, mientras respondía al expresivo Bermúdez cuatro palabras, mal urdidas, de cortesía. — ¿Qué plural era aquel de «comamos?» ¿Cuántos y quiénes entraban en él?

Sin desembrollar este lío, que pasó por su cabeza como un relámpago, oyó que le decía Nieves, por despedida también y también muy afectuosa:

— Y al subir á *comer con nosotros*, no se le olviden á usted ciertas acuarelas que deseamos ver.

Esto ya estaba más claro; pero no todo lo que debía de estar. Era indudable que su padre se había despachado á su gusto aquella tarde en la botica.

En cuanto salieron del Casino los de Peleches, le faltó tiempo á él para largarse hacia su casa. En dos zancadas llegó; en breves palabras enteró á su padre de todo lo que acababa de pasarle, y en pocas más le satisfizo el boticario la curiosidad, decla-



rándole todo lo ocurrido aquella tarde en la botica. Por cierto que don Adrián subió la bocamanga izquierda hasta el codo, y el arco de las cejas hasta el casquete, á fuerza de rascarse y de admirarse al ver que Leto, de quien esperaba un estampido, en lo del convite no puso el menor reparo, y en lo de las acuarelas se despachó con tres «carapes» seguidos y unos muy dulces restregones de manos á las barbas.

Al salir la gente de misa mayor, Leto, como de costumbre, se quedó, con otros amigos, enfrente del pórtico echando un pitillo, un párrafo y algunas ojeadas maquinales á las villavejanas de todos los días; y hablando, fumando y mirando, vió salir á Nieves con su padre. Bien le había parecido la noche antes la sevillana en la penumbra mal oliente del Casino, con el sombrerito de paja y la túnica de color de barquillo; pero ¡cuidado si tenía que ver en plena luz meridiana, vestida de oscuro y con la cara monísima encuadrada en los pliegues graciosos de su mantilla de pura casta andaluza! No pudo menos de declarárselo así al fiscal que es-

taba á su lado comiéndola con los ojos, ni, al notar que le recordaba algo con los suyos, quizá lo de las acuarelas, dejar de acercarse á ella y á su padre para ofrecerles sus respetos, con la mejor intención, eso sí, pero bien sabe Dios que con las más fuertes ligaduras de sus nativas desconfianzas en el espíritu.

Mientras hablaban los tres, la *goma* villavejana se chupaba los dedos y no sabía de qué lado ponerse ni qué majadería inventar para que Nieves *se clavara*... ¡lo mismo que la goma de todas partes! y las hembras peripuestas la miraban de reojo al pasar á su lado, de los pies á la cabeza, ¡igual que todas las presuntuosas de todo el mundo!; porque son achaques esos que están en la masa de la sangre, aun en la de los que usan taparrabo... Posible es que Nieves no se fijara en los unos ni en las otras, aunque cueste creerlo por lo que se sabe del prodigioso alcance de vista que tienen las mujeres guapas para esos lances y otros parecidos; pero podría apostarse algo bueno á que en la comparación que hizo mentalmente, después de mirarle de



arriba abajo en menos de dos segundos, del Leto que tenía delante, vestido de día de fiesta, con el Leto de la víspera, desaliñado, ardoroso y con el pelo alborotado y la barba revuelta, aunque ambos eran buenos mozos, optaba por el segundo; es decir, por el Leto del billar, en calidad, se entiende, de mujer artista y esforzada.

En esto salió don Adrián con la levita nueva, bastón de caña, sombrero de copa, muy alto, y dos dedos de cuello de camisa fuera del corbatín; se arrimó al grupo y saludó muy cortés á los señores; apareció el juez é hizo lo mismo; después Rufita González con su madre; casi al mismo tiempo Codillo y las tres Indianas, y en seguida hasta otra docena más de los notables que habían hecho ya la visita obligada á Peleches. Los Vélez, escurridos y lacios de vestido y de carnes, pasaron de largo hacia la izquierda saludando con una cabezada muy ceremoniosa. Las chaparrudas Carreñas, hechas un brazo de mar, pero de mar siniestro y bravo, saludaron con los abanicos y carraspeando, y se fueron por la derecha.

El grupo seguía creciendo y llegó á ocupar media plazoleta con los gomosos adyacentes y otros desocupados de diferentes pelajes. Luego se puso en movimiento todo junto, aunque cambiando de forma como masa de agua que se acomoda al cauce que la guía, en dirección á la Costanilla, camino de Peleches y á la vez de la Glorieta, adonde se dirigían todos los elegantes de Villaveja entonces, por imperio de la moda.

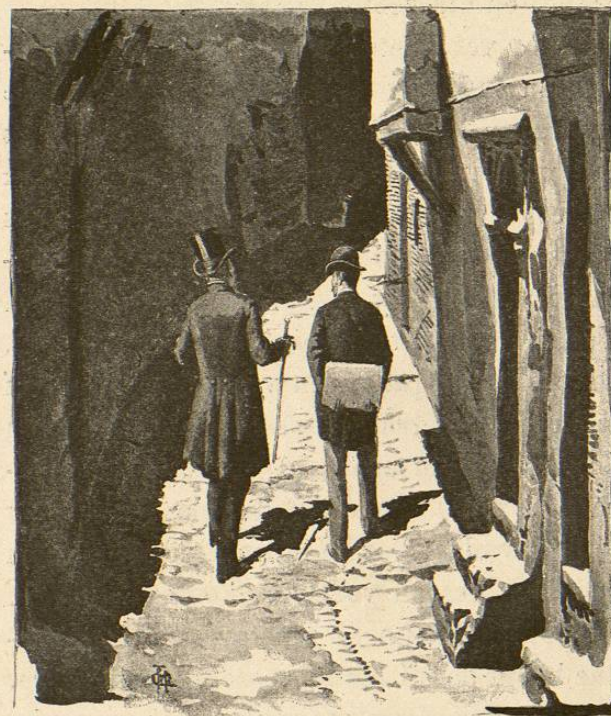
En la Glorieta dieron Nieves y su padre unas cuantas vueltas con las adherencias que traían desde la Colegiata, y seguidos del propio *zaguanete* de gomosos, cosa que encendió las iras de las villavejanas desperdigadas y desatendidas entonces por sus habituales cortejantes, y les dió motivo para despellejar viva á la pobre Nieves. Sábese que quien más apretó la dentellada en aquella puja de mordiscos fué la Escribana mayor, que, según fama, se bebía los vientos por el hijo del boticario. Le había visto al salir de misa y subiendo á la Glorieta, y en la Glorieta misma, arrimado á la sevillana y en gran intimidad con ella algunas veces. ¡El grandísimo pazguato



que jamás tuvo dos palabras al caso para pagarla las muchas con que ella le había buscado la lengua en más de cuatro ocasiones! Así es que, en cuanto se retiraron Nieves y su padre á Peleches, que fué muy pronto, y el boticario y Leto á su botica, se armó en la Glorieta la de Dios es Cristo entre los galanes villavejanos y las respectivas damas, que no querían ser plato de segunda mesa... mientras Maravillas, sentado en el último banco hacia la mar, solo, quietecito y sosegado, flagelaba con su eterna sonrisa de compasivo desdén, aquel cuadro de miserias humanas, fruto natural y lógico del lamentable resabio de ir á misa y creer en Dios.

Viniendo á lo que importa, fué el caso que Leto bajó á la villa bastante satisfecho de su hazaña; que, á pesar de estar bien vestido, cambió de corbata y de chaleco después de arreglarse el pelo, de cepillarse mucho las barbas y la ropa y de lavotearse las manos; que al volver á la botica, donde le aguardaba su padre en conversación con el mancebo, llamó á *Cornias* (luego se sabrá quién era este per-

sonaje) y le dió varias órdenes con mucho encarecimiento; que después fué á su atril, y de un cartapacio que tenía allí muy



escondido bajo papelotes y libracos, sacó hasta una docena de obras suyas, entre acuarelas y dibujos, escogidas, muy esco-